

## I

El tren llegó con media hora de retraso y el traslado en coche desde la estación a la casa de campo duró más de lo previsto, de modo que cuando llegó los invitados ya se habían retirado a vestirse para la cena. A él lo llevaron directamente a su habitación, donde las cortinas estaban echadas, las velas encendidas y el fuego resplandecía. Una vez que el criado hubo colocado diligentemente sus ropas, aquel pequeño y cómodo lugar se le antojó más sugerente: parecía prometer una estancia agradable, una compañía variopinta, charlas, encuentros, afinidades,

por no hablar de un ambiente muy animado. Él siempre estaba demasiado ocupado con su profesión como para poder ir a menudo al campo, pero había oído hablar a algunas personas, que sin duda disponían de más tiempo, de ciertos lugares en los que «le trataban a uno muy bien». Y él presentía que en Casa Stayes sería así. Cuando se hallaba en el dormitorio de una casa de campo siempre examinaba en primer lugar los libros de los estantes y los grabados de las paredes. Consideraba que estos elementos eran una pauta para valorar la cultura, e incluso el carácter de los anfitriones. A pesar de disponer de poco tiempo para entregarse a semejante actividad, una inspección somera le confirmó que si la literatura era, de modo bastante previsible, básicamente norteamericana y humorística, los cuadros no eran ni estudios de niños a la acuarela ni grabados al uso. Las paredes estaban adornadas con litografías antiguas, principalmente retratos de hacendados con

cuellos altos y guantes de montar a caballo, lo que le llevó a pensar, no sin cierto alivio, que en aquella casa la tradición del retrato era algo que se tenía en estima. Encontró también la consabida novela de *Le Fanu*\* en la mesita de noche, lectura ideal en una casa de campo pasada la medianoche. Oliver Lyon apenas pudo reprimir los deseos de comenzar a leerla mientras se abotonaba la camisa.

Y tal vez eso hizo que no sólo se encontrara a todo el mundo ya reunido en el vestíbulo cuando bajó, sino que además percibió, por la inmediatez con que se desplazaron todos para cenar, que lo habían estado esperando. No hubo tiempo de que le presentaran a ninguna dama, así que salió junto a un grupo de hombres solos, sin pareja. Los más rezagados, como de costumbre, caracolearon ante

---

\*.- Las novelas de más éxito de J. Sheridan *Le Fanu* (1814-1873) versan sobre acontecimientos misteriosos y sobrenaturales.

la puerta del comedor. El desenlace de esta pequeña comedia fue que él llegó el último a la mesa, lo que le hizo pensar que se hallaba en una compañía suficientemente distinguida ya que, si lo hubieran menospreciado —que no lo hicieron— no habría podido consolarse pensando que aquél era el destino más probable para un joven artista como él, esforzado y oscuro. Lo cierto es que, muy a su pesar, no podría seguir considerándose joven durante mucho más tiempo, y si su posición no era tan brillante como debiera, no podía seguir justificándose a sí mismo con la excusa del artista que lucha por abrirse camino. Disfrutaba de cierto prestigio y, por lo visto, se encontraba en una reunión de personas prestigiosas, idea que se añadió a la curiosidad con la que, tras sentarse en su sitio, inspeccionó la extensa mesa.

Se trataba de una cena muy concurrida: veinticinco personas. Una ocasión un tanto extraña para

invitarlo, puesto que no podría rodearse de esa tranquilidad tan necesaria para llevar a cabo un buen trabajo. Sin embargo, la contemplación del espectáculo de la comedia humana en sus momentos de esparcimiento era algo que jamás había interferido en su trabajo. Y, aunque no lo supiera, en Stayes nunca reinaba la tranquilidad. Cuando le era posible trabajar bien se encontraba en ese feliz estado —el más feliz de todos los estados para un artista— en el que las cosas en general sirven para enriquecer el proyecto en particular, se fusionan con él, logran que avance y lo justifican. En esos instantes llegaba a pensar que no podía sucederle nada en el mundo —ya surgiera bajo la apariencia del desastre o del sufrimiento— que no supusiese una verdadera mejora para su obra. Por otra parte, sentía cierta exaltación, que ya había experimentado en otras ocasiones, a causa del brusco cambio de decorado: el paso, al caer la tarde, del brumoso Londres y su

estudio, al que estaba ya muy habituado, a un lugar de asueto en el corazón de Hertfordshire, irrumpiendo a media función en aquel espectáculo de mujeres hermosas, caballeros distinguidos y orquídeas maravillosas en jarrones de plata. Observó como un hecho de no poca importancia el que una de aquellas mujeres hermosas estuviera a su lado en la mesa. Al otro lado se había sentado un caballero. Pero aún no había prestado demasiada atención a sus acompañantes, ya que estaba buscando a Sir David, a quien nunca había visto y por quien, naturalmente, sentía curiosidad.

Sin embargo, resultaba evidente que Sir David no estaba en la cena, una circunstancia suficientemente explicada por la otra circunstancia que constituía la principal información que nuestro amigo tenía de él: era un anciano de noventa años. Oliver Lyon aguardaba con expectación la oportunidad de pintar a un nonagenario y, aunque su

ausencia le resultara algo decepcionante pues era una oportunidad menos para observarle antes de comenzar su trabajo, aquello parecía indicar que se trataba casi de una reliquia sagrada y, por lo tanto, quizá también digna de admiración. Lyon se dedicó entonces a observar al hijo con el mayor interés, preguntándose si el lustroso sonrojamiento de sus mejillas le habría sido transmitido por Sir David, porque resultaría divertido pintar algo similar en el anciano: el rubor marchito propio de una manzana invernal, especialmente si además venía acompañado de una mirada despierta y un pelo que hubiera adquirido la blancura de la escarcha. El pelo de Arthur Ashmore tenía un resplandor veraniego, pero Lyon se sentía afortunado de que su encargo fuera retratar al padre y no al hijo, a pesar de no haber visto nunca al primero y de que el otro estuviera sentado allí, ante él, prodigando una hospitalidad de lo más jovial.

Arthur Ashmore era un *gentleman* inglés de cuello grueso y aspecto saludable, pero no podía considerársele exactamente un motivo pictórico. Podría haberse tratado perfectamente de un granjero o de un banquero, por lo que difícilmente cabía pintarlo como un prototipo. Y su esposa tampoco compensaba esta carencia. Era una mujer grande, lustrosa, negativa, que ofrecía, de alguna manera como su marido, un aspecto tremendamente inmaculado, parecido al del barniz fresco. Daba la impresión (y Lyon apenas podía precisar si semejante efecto provenía de su tez o de sus ropas) de que estaría perfecta en un marco dorado, sugiriendo una referencia a un catálogo o a una lista de precios. En conjunto, era como si aquella mujer fuera ya en sí un retrato bastante malo pero caro, pintado a toda prisa por un pincel eminente, y Lyon no tenía ningún interés en copiar semejante modelo. La hermosa mujer a su derecha estaba charlando

con su vecino, y el caballero sentado al otro lado se mostraba vacilante y huidizo, de modo que tuvo tiempo para su diversión favorita: observar uno a uno los rostros que tenía a su alrededor. Este pasatiempo lo complacía enormemente, y a menudo consideraba un auténtico regalo ese interés en contemplar la máscara humana y que ésta no fuera menos vívida de lo que era —en ocasiones, la clave de su éxito dependía de que se ciñera a esa pauta—, ya que debía ganarse la vida reproduciéndola. Aun cuando Arthur Ashmore no resultara un tema interesante para un cuadro (lo invadió cierta sensación de ansiedad, no fuera a ser que consiguiera un gran trabajo con su suegro y se le metiera en la cabeza a la señora Ashmore que, con ello, había demostrado ser digno ya de *atreverse* con su marido), aun cuando hubiera tenido un poco menos el aspecto de una página sin signos de puntuación (aunque excelente en impresión y márgenes), continuaría mostrando

una superficie agradable, iridiscente. Pero, ¿quién era el caballero que estaba sentado cuatro sillas más allá? ¿Podría ser un motivo pictórico, o era sólo su rostro una placa legible de identidad, pulido por un lavado y afeitado puntuales, lo único presentable en él frente a los demás?

Ese rostro en concreto atrajo la atención de Oliver Lyon. En un principio le pareció muy hermoso. Perteneecía a un caballero aún joven, de rasgos regulares. Lucía un bigote abundante, rubio, que se rizaba en los extremos; un aspecto distinguido, galante, casi aventurero, con un gran alfiler de corbata brillante en el centro de su camisa. Parecía estar satisfecho de sí mismo, y Lyon advirtió que allí donde posaba su amistosa mirada se producía una sensación tan agradable como la del sol de septiembre; como si pudiera hacer que las uvas y las peras, e incluso el afecto humano, madurasen con sólo mirarlos. Lo extraño era que parecía producirse en

aquel hombre cierta combinación entre lo correcto y lo extravagante, como si se tratara de un aventurero que imitase con insólita perfección a un caballero o de un caballero que tuviera el capricho de andar por ahí con las armas ocultas. Podría haberse tratado de un príncipe destronado o del corresponsal de guerra de un periódico. Simbolizaba tanto la aventura como la tradición, tanto las buenas maneras como el mal gusto. Lyon comenzó a hablar por fin con la dama que tenía a su lado —prescindieron de las presentaciones, como ya había tenido que hacer en otras cenas—, y le preguntó si sabía quién era aquel personaje.

—Ah, es el coronel Capadose, ¿no le conoce? —Lyon no lo conocía, por lo que solicitó más información. Su vecina mostraba un talante sociable y, obviamente, estaba acostumbrada a los cambios repentinos de conversación. Dejando a su otro interlocutor, se giró con aire metódico, del mismo modo

que un buen cocinero levantaría la tapadera de la siguiente cacerola—. Ha estado mucho tiempo en la India. ¿No sabe que es muy famoso? —preguntó. Lyon confesó que nunca había oído hablar de él, y ella continuó—: Bien, entonces quizá no lo sea, pero él dice que lo es, y si se para usted a pensarlo, las dos cosas son exactamente lo mismo, ¿no cree?

—Si usted lo dice...

—Es él quien lo dice. Supongo que viene a ser lo mismo.

—¿Se refiere a que dice ser lo que no es?

—¡Oh, vaya...! ¡No! Bueno, no estoy segura nunca de nada... Es un hombre tremendamente inteligente y divertido; con mucho, la persona más inteligente de esta mesa, a menos, por supuesto, que usted lo sea aún más. Pero eso es algo que yo no puedo afirmar aún, ¿verdad? Sólo puedo opinar acerca de la gente a la que conozco. Y creo que eso es ser ya suficientemente célebre.

—¿Suficientemente para ellos?

—Bueno, ya veo que es usted muy inteligente. Pues no. ¡Suficientemente para mí! Aunque también he oído hablar de usted —continuó la dama—. Conozco sus cuadros, y los admiro. Pero no creo que se parezca a ellos.

—Son sobre todo retratos —dijo Lyon—. Y lo que intento plasmar generalmente no es mi propia imagen.

—Comprendo. Pero tienen mucho más colorido. ¿Y ahora ha venido aquí a pintar a alguien?

—Me han invitado, sí, para retratar a Sir David. Pero he de decir que estoy bastante decepcionado al no verle esta noche.

—Se va a la cama a una hora imposible. A las ocho o algo así. Sabrá que es algo parecido a una vieja momia.

—¿Una vieja momia? —repitió Oliver Lyon.

—Quiero decir que lleva encima media doce-

na de chalecos, y esa clase de cosas. Siempre tiene frío.

—Nunca le he visto y tampoco he visto jamás ningún retrato o fotografía de él —dijo Lyon—. Me sorprende que nunca le hayan retratado: que la familia haya esperado todos estos años.

—Ah, eso es porque tenía miedo. Una especie de superstición. Estaba seguro de que si se le hacía cualquier retrato, se moriría justo después. Sólo ahora ha dado su consentimiento.

—¿Entonces es que está preparado para morir?

—Bueno, ahora es tan viejo que ya no le importa.

—Pues espero no matarle —dijo Lyon—. Resulta un poco extraño que su hijo me haya hecho venir.

—No tienen ya nada que ganar. ¡Todo es suyo!  
—replicó su compañera como si se tomara la conversación bastante al pie de la letra. Su locuacidad

era inalterable. Confraternizaba con tanta seriedad como si estuviera jugando al *whist*\*—. Hacen lo que quieren, llenan la casa de gente. Tienen *carte blanche*.\*\*

—Ya veo. Pero aún no tienen el título.

—Sí, pero, ¿qué título?

Nuestro artista estalló en una carcajada al oír aquello, mientras su compañera lo miraba asombrada. Antes de que se hubiera recuperado, ella ya estaba dando un repaso a los demás invitados con su otro acompañante. El caballero sentado a su izquierda por fin se arriesgó a emitir una observación, y comenzaron una charla bastante fragmentaria. El hombre desempeñaba su papel con dificultad. Hizo algún comentario de la misma forma en que una dama dispara una pistola, apartando la cara, y para

---

\*.- Juego de naipes.

\*\*.- *Carta blanca*. En francés en el original.

atenderlo Lyon tuvo que ladear la cabeza. Semejante movimiento hizo que viera a una hermosa criatura que estaba sentada en su mismo lado, más allá de su interlocutor. Ella estaba de perfil y, en un principio, tan sólo fue consciente de su belleza, pero luego se apoderó de él una emoción mucho más agradable: el efecto de un poderoso recuerdo y de una relación personal. No la había reconocido al instante sólo porque no esperaba verla allí. No la había visto en ningún sitio desde hacía mucho tiempo, y tampoco había tenido noticias suyas. Ella seguía a menudo en sus pensamientos, pero había salido de su vida. Pensaba en ella dos veces a la semana, lo que puede ser considerado frecuente en relación con una persona a la que no se ha visto en doce años. Justo después de reconocerla se dio cuenta de que, en realidad, tan sólo podía tratarse de ella. No podía haber una copia de la cabeza más encantadora del mundo, la cabeza de aquella dama. Se había inclinado un

poco hacia delante y permanecía de perfil, al parecer para escuchar a un invitado que se hallaba a su otro lado. Además de escuchar, también estaba observando a alguien y, al cabo de un rato, Lyon siguió la dirección de sus ojos, que se posaban en el caballero al que se habían referido como coronel Capadose. Sus ojos descansaban sobre él, o al menos eso le pareció, con una especie de complacencia visible y familiar, lo que no era de extrañar ya que el coronel era la clase de hombre que, a buen seguro, debía de atraer la afectuosa mirada de las damas. Pero Lyon se sentía ligeramente decepcionado por el hecho de que ella le permitiera mirarla durante tanto tiempo sin dignarse a devolverle *a él* ni una sola mirada. Era cierto que entre ellos no había ya nada, por lo que tampoco tenía derecho a exigirle ninguna señal. Pero, por otro lado, debía de estar enterada de que él vendría —por supuesto, no se trataba de un acontecimiento tan sensacional, pero no pudo

encontrarse en la casa sin oír hablar de ello—, y no parecía lógico que no la hubiera afectado lo más mínimo.

En aquellos momentos miraba al coronel Capadose como si estuviera enamorada de él, un comportamiento extraño si tenemos en cuenta que provenía de la más orgullosa, la más reservada de las mujeres. Pero, sin duda, aquello no tenía ninguna importancia si a su marido le parecía bien o, incluso, si no se enteraba. Años atrás, de un modo un tanto impreciso, había oído que se había casado, y daba por hecho —pues no había tenido noticias de que hubiera enviudado— que en aquella ocasión la acompañaría el hombre afortunado a quien ella había otorgado lo que le había negado a él, pobre estudiante de arte en Munich. El coronel Capadose, por su parte, no parecía darse cuenta de nada, y esta circunstancia, de modo bastante incongruente, más que agradar a Lyon lo indignó. Repentinamente,

la dama giró la cabeza, de manera que su rostro se mostró abiertamente a nuestro protagonista. Él, que tenía preparado ya un saludo, reaccionó sonriendo, igual que se desborda una jarra al zarandearla. Pero ella no le respondió, sino que se dio la vuelta de nuevo y se reclinó en la silla. Todo lo que su rostro expresó en ese instante fue: «Ya ves. Sigo tan hermosa como siempre». A lo que él asintió mentalmente: «Sí. Pero para lo que a mí me sirve...». Entonces, él se volvió hacia el joven que tenía a su lado, y le preguntó si sabía quién era ese ser tan hermoso, esa persona que estaba cinco asientos más allá. El joven se inclinó hacia delante, meditó su respuesta y dijo: «Creo que se trata de la señora Capadose».

—¿Quiere usted decir la esposa de...? ¿De ese hombre? —Y Lyon señaló al individuo del que había estado hablando con su otra acompañante.

—Ah, ¿él es el señor Capadose? —dijo el joven, que parecía muy dubitativo. A continuación

admitió su propia indecisión y la justificó diciendo que llevaba allí tan sólo un día, y que había venido tanta gente... Lo que quedaba fuera de toda duda para Lyon era que la señora Capadose estaba enamorada de su marido. De modo que deseó más que nunca haberse casado con ella.

—Es muy fiel —se descubrió diciéndole tres minutos más tarde a la dama a su derecha, añadiendo que se refería a la señora Capadose.

—¿Ah, pero entonces la conoce?

—La conocí una vez, cuando vivía en el extranjero.

—Y, entonces, ¿por qué me preguntaba por su marido?

—Precisamente por esa razón. Se casó más tarde. Ni siquiera sabía su apellido actual.

—¿Y cómo lo sabe ahora?

—Este caballero acaba de decírmelo. Él parece saberlo.

—No creí que supiera nada de nada —dijo la dama, echándole un vistazo.

—No creo que sepa nada excepto eso.

—Así que es una mujer fiel... ¿Qué quiere decir?

—No es usted quien debe preguntarme a mí. Soy yo quien desea preguntarle a usted —dijo Lyon—. ¿Qué opinión tienen por aquí de ella?

—¡Me está pidiendo usted demasiado! Yo sólo puedo darle mi propia opinión. Y lo que opino es que es muy severa.

—Le da esa impresión tan sólo porque es honesta y sin doblez.

—¿Quiere usted decir que me gusta más la gente cuanto más engaña?

—Creo que eso nos ocurre a todos, siempre y cuando no lo descubramos —dijo Lyon—. Hay algo en su rostro... Un aire romano... A pesar de tener una mirada tan inglesa. De hecho es inglesa de

los pies a la cabeza. Pero su tez, su frente baja y esa breve y hermosa ondita en su pelo oscuro le hacen parecer una gloriosa *contadina*.\*

—Sí, y siempre se pone pasadores y horquillas en el pelo, para aumentar ese efecto. Debo decir que me gusta más su marido. Es tan inteligente...

—Bueno, cuando yo la conocí no había comparación posible con ninguna otra mujer. Era el ser más encantador de Munich.

—¿Munich?

—Su familia vivía allí. No eran ricos, de hecho buscaban un lugar económico para vivir, y Munich era una ciudad muy barata. Su padre era el vástago más joven de una familia noble. Se había casado en segundas nupcias y tenía un montón de pequeñas bocas que alimentar. Ella era hija de la primera esposa; no le gustaba su madrastra, pero

---

\*.- *Campesina*. En italiano en el original.

era encantadora con sus hermanos y hermanas menores. En una ocasión le hice un bosquejo seme-  
jando a la Charlotte\* de Werther, cortando pan y  
mantequilla mientras los demás se arracimaban a  
su alrededor. Todos los artistas del lugar estaban  
enamorados de ella, pero ella jamás se fijaba en los  
de «nuestra condición». Era demasiado orgullosa,  
se lo garantizo, pero no una estirada ni una preten-  
ciosa. Una muchacha sencilla y sincera y amable.  
Me recordaba a la Ethel Newcome\*\* de Thackeray;  
me dijo que tenía que hacer una *buena boda*: era lo  
único que podía hacer por su familia. Supongo que  
podría decirse que, efectivamente, la suya ha sido  
una buena boda.

---

\*.- Charlotte es la amada inalcanzable —ya que está prometida a otro hombre— del melancólico protagonista de la novela de Goethe *Las desventuras del joven Werther*, 1774.

\*\*.- Personaje femenino de la novela *The Newcomes*, de William Makepeace Thackeray (1811-1863), que tras muchas peripecias logrará casarse con su primo Clive Newcome, y ser feliz.

—¿Le contó todo eso a *usted*? —sonrió la acompañante de Lyon.

—Bueno, por supuesto también yo le propuse matrimonio. Pero resulta evidente que ella es lo que piensa —agregó él.

Cuando las señoras dejaron la mesa, el anfitrión, como de costumbre, les propuso a los caballeros que se reunieran, de modo que Lyon se encontró frente a frente con el coronel Capadose. La conversación versaba principalmente sobre cómo había ido «la caza», ya que al parecer había sido un gran día en el campo. Casi todos los caballeros compartían sus aventuras y opiniones, pero la agradable voz del coronel Capadose destacaba por encima de las demás. Se trataba de una voz brillante y fresca, pero muy masculina, justo el tipo de voz que, a juicio de Lyon, debía tener un «hombre refinado». De sus observaciones se deducía que era un jinete muy diestro, lo que también, en gran medida, era

lo que había esperado Lyon. No podía afirmarse que estuviera fanfarroneando, ya que sus alusiones se realizaban de manera muy tranquila y con total naturalidad, pero todas ellas implicaban acciones extremadamente peligrosas y que se habían resuelto por los pelos. Lyon percibió poco después que la atención que los demás hombres prestaban a los comentarios del coronel no estaba en relación directa con el interés que parecían tener éstos. Como resultado, el orador, que advirtió que *él* al menos estaba escuchando, comenzó a tratarle como si fuera su oyente particular y a mirarlo de hito en hito mientras hablaba. Lyon no pudo hacer otra cosa más que mostrarse comprensivo y asentir, y el coronel Capadose pareció dar por sentado tanto su buena disposición como su asentimiento. Un terrateniente de la comarca había tenido un accidente. Había sufrido un percance considerable en un paso difícil —justo en la meta— con consecuencias que

parecían graves. Se había golpeado la cabeza y, según las últimas noticias, continuaba inconsciente. Había sufrido claramente una conmoción cerebral. A continuación se produjo un intercambio de impresiones sobre su recuperación: con cuánta rapidez se produciría o si tan siquiera llegaría a recuperarse, lo que llevó al coronel a confiarle a nuestro artista desde el otro lado de la mesa que *él* no perdería jamás la esperanza por un amigo, incluso aunque no volviera en sí en semanas —semanas y semanas— o meses, casi años. Luego se inclinó hacia delante. Lyon hizo lo mismo para escucharlo, y el coronel Capadose le mencionó que sabía por propia experiencia que, en realidad, uno podía yacer inconsciente todo el tiempo del mundo sin tener que empeorar por hallarse en semejante estado. A él le había sucedido en Irlanda, años atrás. Salió despedido de un carruaje, dio una vuelta de campana completa y fue a aterrizar sobre su cabeza. Pensaron que estaba

muerto, pero no lo estaba. Lo llevaron en primer lugar a la cabaña más cercana, donde estuvo tendido unos días junto a los cerdos, y luego lo trasladaron a una posada, en una población vecina. Poco faltó para que lo pusieran bajo tierra. Había estado completamente inconsciente, sin indicios de reconocer a ningún ser humano, durante tres meses enteros. No mostró ni el más tenue destello de consciencia. Su situación era tan crítica que no podían acercarse a él, no podían alimentarle, apenas podían mirarle. Y entonces, un día, abrió los ojos. ¡Sano como una manzana!

—Le doy mi palabra de honor de que me vino bien: hizo que descansara mi cerebro.

Parecía querer insinuar que, para una inteligencia tan activa como la suya, esos períodos de reposo resultaban providenciales. Lyon pensó que su historia era muy espectacular, pero quería preguntarle si no había fingido un poco, no al relatarla,

sino al haberse mostrado tan inmóvil. Sin embargo, se preguntó, a tiempo, si debía plantearle semejante duda, tan impresionado como estaba por el tono con que el coronel Capadose le había dicho que, por muy poco, no lo enterraron vivo. Algo que sí le había sucedido, en cambio, a un amigo suyo en la India, un compañero al que se suponía muerto por las fiebres de la selva y al que metieron en un ataúd. Le iba a narrar el destino de ese desafortunado caballero cuando el señor Ashmore hizo un gesto y todos se pusieron en pie con la intención de acceder al salón. Lyon advirtió que, para entonces, ya nadie prestaba atención a lo que su nuevo amigo le decía. Ellos dos se reunieron de nuevo tras avanzar a ambos lados de la mesa, mientras los otros se demoraban antes de salir.

—¿Y quiere usted decir que a su amigo, literalmente, le enterraron vivo? —preguntó Lyon, con cierto misterio.

El coronel Capadose lo miró durante un instante, como si hubiera perdido ya el hilo de la conversación. Entonces su rostro se iluminó y, al iluminarse, se hizo doblemente atractivo:

—¡Le juro que le metieron bajo tierra!

—¿Y le dejaron allí?

—Allí le dejaron hasta que fui a sacarle.

—¿Hasta que fue *usted*?

—Soñé con él. Se trata de una historia de lo más extraordinario. Oí cómo me llamaba en mitad de la noche, y me tomé como un asunto personal el ir a sacarle de allí. Ya sabe que hay en la India una clase de raza horrorosa, los necrófagos, que profanan sepulcros. Tuve una especie de presentimiento de que llegarían antes que yo, así que fui directamente hasta allí, y, ¡diantre!, un par de ellos acababan de hacer las primeras grietas en la tierra. Sólo tuve que disparar al aire un par de veces, pum, pum, y salieron corriendo, como se puede imaginar. ¿Puede

creer que le saqué de allí yo solo? El aire fresco hizo que recobrara el conocimiento, y doy fe de que no se encontraba nada mal. Ahora está jubilado... Vino a casa el otro día. Haría cualquier cosa por mí.

—¿Le llamó a usted en la noche? —dijo Lyon, sobresaltado.

—Eso es lo más interesante. Pues, ¿de qué se trataba? No era su fantasma, porque no estaba muerto. Tampoco era él, porque no podía hacerlo. Pero era una cosa o la otra, ¡de eso no cabe duda! Ya sabe que la India es un país extraño, tiene algo misterioso: el aire está lleno de cosas que no se pueden explicar.

Salieron del comedor y el coronel Capadose, que había salido entre los primeros, se separó de Lyon. Pero un instante después, antes de que alcanzaran el salón, se le acercó de nuevo:

—Ashmore me ha dicho quién es usted. He oído hablar de usted a menudo, por supuesto. Estoy

encantado de que hayamos coincidido. Mi esposa le conoció.

—Me alegro de que me recuerde. La he reconocido en la cena, pero temía que ella no me recordara a mí.

—Ah, me atrevería a decir que se sentía avergonzada —dijo el coronel, en un tono indulgente.

—¿Avergonzada de mí? —replicó Lyon, en idéntico tono.

—¿No había algo sobre un cuadro? Sí. Usted pintó su retrato.

—En varias ocasiones —dijo el artista—. Y perfectamente puede haberse sentido avergonzada por cómo lo hice.

—Bueno, mi querido amigo, pues yo no me sentí así jamás. Fue la contemplación de aquel cuadro, el que usted tuvo la generosidad de regalarle, lo que hizo que me enamorara de ella.

—¿Se refiere a aquel en el que estaba con los niños, cortando pan y mantequilla?

—¿Pan y mantequilla? Santo cielo, no. Hojas de parra y una piel de leopardo, una especie de bacante.

—Ah, sí —dijo Lyon—. Ya lo recuerdo. Fue el primer retrato decente que pinté. Me resultaría curioso verlo hoy.

—Pues no pida que se lo enseñe. ¡Se sentiría humillada! —exclamó el coronel.

—¿Humillada?

—Nos deshicimos de él, de la manera más desinteresada. —Se echó a reír—. Un viejo amigo de mi esposa (su familia se había relacionado con él estrechamente cuando vivían en Alemania), se encaprichó terriblemente de él. Le estoy hablando del Gran Duque de Silberstadt-Schreckenstein, ¿sabe a quién me refiero? Llegó a Bombay cuando nosotros estábamos allí, y se fijó en su cuadro, ya sabe que

se trata de uno de los mayores coleccionistas de Europa. Se encaprichó tanto de él que, la verdad, como resultó que era su cumpleaños, ella le dijo que podía quedárselo, para que dejara de insistir. Y él se quedó perfectamente encantado, pero nosotros echamos de menos el cuadro.

—Es muy generoso por su parte —dijo Lyon—. Si una obra de mi incompetente juventud está en una gran colección, me siento infinitamente honrado.

—Oh, lo tiene en uno de sus castillos. No sé en cuál, ya sabe, tiene tantos. Nos envió, antes de irse de la India, para devolvernos la gentileza, un magnífico jarrón antiguo.

—Que es más de lo que valía lo otro —comentó Lyon.

El coronel Capadose no le prestó ninguna atención a esta observación. Parecía estar pensando en algo. Al cabo de un instante, dijo:

—Si viene a vernos a la ciudad, ella le enseñará

el jarrón —y cuando accedían al salón le dio al artista un empujoncito amistoso—: Vaya y hable con ella. Está allí. A ella le encantará.

Oliver Lyon apenas dio unos pocos pasos en el interior del amplio salón. Permaneció de pie un momento, contemplando la brillante composición que, iluminada por la lámpara, constituía aquella reunión de hermosas mujeres, sus siluetas aisladas, el espléndido escenario de blancos y dorados, los paneles de antiguo damasco que mostraban un único y afamado cuadro en el centro de cada uno de ellos. Se percibía un brillo tenue en el entorno y en el ambiente, como el esplendor de las radiantes colas de los vestidos derramados sobre la alfombra. En el extremo más lejano de la habitación estaba sentada la señora Capadose, bastante sola. Se hallaba en un sofá pequeño, dejando un sitio a su lado. Lyon no podía hacerse ilusiones pensando que lo había estado guardando para él. Su falta de respuesta

cuando la reconoció en la mesa no hacía más que contradecir semejante suposición. Pero sentía un deseo extremo de ir y ocupar aquel lugar vacío. Por otra parte, contaba con el consentimiento de su marido, por lo que cruzó la habitación, esquivando al caminar las colas de los vestidos, y se quedó de pie ante su antigua amiga.

—Espero que no tengas la intención de rechazar-me —dijo él.

Ella alzó la mirada con una expresión de complacencia:

—Estoy tan contenta de verte. Me encantó saber que venías.

—Intenté conseguir una sonrisa tuya en la cena, pero fue en vano.

—No te vi... No comprendí... Además, odio las sonrisitas y las comunicaciones por señas. Y también soy muy tímida. No has podido olvidarte de eso. Ahora podemos charlar cómodamente. —Le

dejó un espacio mayor en el pequeño sofá, y él se sentó. Se embarcaron en una charla de la que disfrutó enormemente, mientras volvían a él la razón por la que solía sentirse tan atraído hacia ella y una buena dosis de aquella misma atracción. Ella seguía gozando de la belleza más perfecta que había visto en su vida, con una ausencia absoluta de coquetería o de cualquier arte de seducción, de modo que casi parecía que le hubieran sido negadas dichas facultades. Hubo momentos en que a su interlocutor le pareció estar sentado junto a una delicada criatura proveniente de un sanatorio: un sordomudo admirable o uno de aquellos ciegos que se saben valer por sí mismos. Su noble cabeza pagana le aportaba privilegios a los que ella no prestaba ninguna atención y, mientras los demás admiraban su frente, ella se preguntaba si habría un buen fuego en su dormitorio. Era sencilla, amable y buena. Inexpresiva pero no inhumana ni estúpida. Ocasionalmente decía

como por casualidad algo que parecía haber sido previamente tamizado, seleccionado. Algo que sonaba a consideración de primera mano. No tenía imaginación, pero había llegado a algunas conclusiones a partir de sus sentimientos y de ciertas reflexiones sobre la vida. Lyon habló de los viejos tiempos en Munich, le recordó incidentes, alegrías y desgracias, le preguntó por su padre y por los demás, y ella le contestó que estaba tan impresionada por su fama, por su brillante posición en el mundo, que no había estado del todo segura de que fuera a hablar con ella o de que su pequeño gesto en la mesa le estuviera dirigido. Lo que le decía era, sin más, totalmente sincero —ya que ella era incapaz de actuar de cualquier otra forma—, y semejante muestra de humildad en una mujer cuyo distinguido perfil era único, lo conmovió. Su padre había muerto. Uno de sus hermanos estaba en la marina y el otro en un rancho en América. Dos de sus hermanas se habían

casado y la más joven estaba empezando a presentarse en sociedad, y era muy bonita. No mencionó a su madrastra. Ella le preguntó por su propia historia personal, y él contestó que lo más importante que le había sucedido era que nunca se había casado.

—Pues deberías hacerlo —contestó ella—. Es lo mejor que se puede hacer.

—Me gusta oír eso... ¡De ti! —replicó él.

—¿Y por qué no de mí? Soy muy feliz.

—Precisamente esa es la razón por la que yo no puedo serlo. Es cruel por tu parte elogiar tu situación. Pero he tenido el placer de conocer a tu marido. Hemos tenido una pequeña conversación en el otro cuarto.

—Tienes que conocerle mejor. Deberías conocerle realmente bien —dijo la señora Capadose.

—Estoy seguro de que cuanto más se le trata, más se descubre en él. Aunque, sólo de entrada, ya tiene un aspecto muy distinguido.

Ella posó sus bondadosos ojos grises sobre Lyon:

—¿No crees que es muy atractivo?

—Atractivo e inteligente y divertido. Ya ves lo generoso que soy.

—Sí. Tienes que llegar a conocerle bien —repetió la señora Capadose.

—Ha visto mucho mundo —dijo su compañero.

—Sí, hemos estado en tantos lugares... También debes conocer a mi hijita. Tiene nueve años. Es tan preciosa.

—Deberías llevarla a mi estudio algún día. Me gustaría dibujarla.

—¡Oh!, no me hables de eso —dijo la señora Capadose—. Me hace recordar algo tan penoso...

—Espero que no te refieras a cuando posabas para mí. Aunque perfectamente podría ser que aquello te aburriera.

—No se trata de lo que hacías tú. Se trata de lo que hicimos nosotros. Hay algo que debo confesarte. ¡Llevo una carga terrible sobre la conciencia! Me refiero a ese hermoso cuadro que me diste. Despertaba tanta admiración... Cuando vengas a verme a Londres, y cuento con que lo hagas muy pronto, me daré cuenta de cómo comienzas a mirar a tu alrededor, y yo no podré decirte que lo guardo en mi propia habitación dado que me gusta tanto, por la simple razón de que... —Ella se detuvo un instante.

—Porque no puedes mentir vilmente —dijo Lyon.

—No, no puedo. Así que, antes de que me preguntes por él...

—Oh, ya sé que te desprendiste de él. La historia ya me ha llegado —interrumpió Lyon.

—Entonces, ¿ya lo habías oído? ¡Estaba segura de que ya lo sabrías! Pero, ¿sabes cuánto conseguimos por él? Doscientas libras.

—Podrías haber conseguido mucho más — dijo Lyon, sonriendo.

—Parecía una buena cantidad por entonces. Necesitábamos el dinero. Sucedió hace mucho tiempo, al principio de nuestro matrimonio. Por entonces, nuestros recursos eran muy reducidos, pero esa situación, afortunadamente, ha cambiado bastante, para mejor. Se nos presentó la oportunidad, realmente parecía una buena suma, y no la dejamos pasar. Mi marido abrigaba expectativas que, en parte, se han cumplido, de modo que ahora nos va bastante bien. Pero, mientras tanto, el cuadro desapareció.

—Por fortuna, el original permanece. Aunque, ¿quieres decir que doscientas libras era lo que valía el jarrón? —preguntó Lyon.

—¿El jarrón?

—El antiguo y hermoso jarrón indio. El regalo del Gran Duque.

—¿El Gran Duque?

—¿Cómo se llamaba...? Silberstadt-Schreckenstein. Tu marido mencionó la operación.

—Oh, mi marido... —dijo la señora Capadose. Y Lyon vio cómo se ruborizaba levemente.

Sin la menor intención de incrementar su incomodidad, sino para esclarecer el equívoco —a pesar de advertir inmediatamente que habría sido mejor haberlo dejado como estaba— continuó:

—Me ha dicho que ahora está en su colección.

—¿En la del Gran Duque? Ya veo: ¿has oído entonces hablar de ella? Tengo entendido que contiene auténticos tesoros.

Parecía desconcertada, pero se rehizo, y Lyon pensó que, por algún motivo que, sin duda, le parecería razonable cuando supiera de qué se trataba, el marido y la esposa habían preparado distintas versiones para el mismo incidente. Lo cierto es que

él no terminaba de imaginarse a Everina Brant ocupándose en idear ninguna versión. No había sido su estilo antes, y desde luego tampoco parecía que lo fuera ahora. De todos modos, ambos tenían el asunto demasiado presente, así que decidió cambiar de tema. Le dijo a la señora Capadose que le tenía que llevar un día a su hijita. Permaneció sentado a su lado todavía un rato más y llegó a la conclusión —aunque quizá se tratara de una mera impresión— de que ella se mostraba algo ausente, como si le hubiera disgustado que, por un momento, hubieran estado hablando sin entenderse. Lo que no evitó que él le dijera al final, justo cuando las señoras comenzaban a reunirse para irse a dormir:

—Deduzco por tus palabras que estás muy impresionada por mi fama y mi prosperidad, y eres tan bondadosa como para exagerar en gran medida ambas circunstancias. ¿Te habrías casado conmigo si hubieras sabido que estaba destinado al éxito?

—Yo ya lo sabía.

—Bien... Pues yo no.

—Eras demasiado modesto.

—No pensaste en eso cuando te propuse matrimonio.

—Bueno, si me hubiera casado contigo, no habría podido casarme con *él*, y es tan encantador...

—dijo la señora Capadose. Lyon sabía que lo pensaba de verdad, lo había descubierto en la cena, pero le irritaba un tanto oírsele decir. El caballero al que se estaban refiriendo irrumpió entonces en la sala, en medio de una serie de prolongados apretones de manos de buenas noches. La señora Capadose, refiriéndose a Lyon, le comentó a su marido—: Quiere pintar a Amy.

—Sí, es una niña encantadora, una criaturita de lo más interesante —le dijo el coronel a Lyon—. Hace cosas extraordinarias.

La señora Capadose se detuvo entonces en

medio de la comitiva de invitadas, que seguía, entre el frufrú de los vestidos, a la anfitriona, y le dijo al coronel:

—No se lo cuentes, por favor. No lo hagas.

—¿Que no le cuente qué?

—Pues lo que hace. Deja que lo descubra por sí mismo. —Y salió.

—Cree que presumo demasiado de niña, y que canso a la gente —dijo el coronel—. Espero que sea usted fumador.

Apareció diez minutos más tarde en el salón de fumadores, vestido de modo espléndido, con un traje de seda fina carmesí salpicado de pequeños lunares blancos. Una vestimenta, en suma, que le encantó a Lyon. Le hizo pensar que la edad moderna tenía también su esplendor y sus privilegios en materia de indumentaria. Si la esposa evocaba más bien la Antigüedad, él era un magnífico espécimen del período colorista. Podría haber pasado por un

veneciano del siglo XVI. Los dos formaban una pareja notable, pensó Lyon, y, mientras contemplaba al coronel, erguido y radiante ante la repisa de la chimenea, soltando grandes bocanadas de humo, consideró que no era de extrañar que Everina prefiriera no haberse casado con él. Ningún caballero de los reunidos en Stayes era fumador, y algunos se habían ido ya a la cama. El coronel Capadose comentó que probablemente serían pocos, dado lo intenso de la actividad del día. Eso era lo peor que tenían las mansiones de caza: que los hombres estuvieran tan soñolientos después de la cena. Algo que les parecía tremendamente estúpido a las señoras, incluso a aquellas que también cazaban, pues las mujeres eran tan extraordinarias que jamás manifestaban su cansancio. La mayor parte de los hombres solía recuperar fuerzas bajo la estimulante influencia del salón de fumadores, y algunos, confiando en ello, todavía podrían volver a aparecer. Algunas

de las razones para esa confianza —aunque no todas— tal vez habría que encontrarlas en el grupo de vasos y botellas dispuestos sobre una mesa cerca del fuego, que extraía destellos de sociabilidad de la gran bandeja y de su contenido; las otras razones se agazapaban aún en los más variados y escabrosos rincones de la mente de los más locuaces. Lyon se quedó a solas con el coronel Capadose durante unos instantes antes de que sus compañeros rezagados fueron entrando, con una variada y excéntrica indumentaria, y percibió que aquel hombre admirable no tenía necesidad de recomponer demasiado su tejido vital.

La conversación giró en torno a la casa. Lyon había advertido una particularidad en la construcción del salón de fumadores, y el coronel le explicó que la casa tenía dos partes distintas, una de las cuales era muy antigua. Dicho de otro modo, habían sido dos casas completas: la antigua y la nueva,

ambas de gran tamaño y magníficas, cada una en su estilo. Juntas formaban una edificación enorme, y Lyon tenía que hacer lo posible por recorrerla entera. La parte moderna había sido construida por el padre cuando compró la propiedad. Sí, la había comprado, cuarenta años atrás. No era una herencia familiar. De hecho, no existía por entonces ninguna familia en particular que hubiera podido residir en ella. Había tenido el buen gusto de no estropear la casa original. No la había tocado más allá de lo estrictamente necesario para poder unirla a la nueva. Resultaba muy curiosa, sin duda: una masa imponente de lo más irregular, laberíntica y misteriosa, donde de vez en cuando aparecía un cuarto tapiado o una escalera secreta. A sus ojos, sin embargo, se trataba de un lugar esencialmente lúgubre. Ni siquiera los últimos añadidos, verdaderamente espléndidos, habían logrado que pareciera más alegre. Se contaba que habían encontrado un esqueleto años atrás, durante

unas reformas, bajo una losa del suelo de uno de los pasillos. Pero la familia prefería no comentar demasiado el incidente. El lugar en el que ellos estaban pertenecía, por supuesto, a la parte antigua, que incluía, en definitiva, las mejores habitaciones. Creía saber que se trataba de la antigua cocina, en parte restaurada durante cierto período intermedio.

—Entonces, también mi habitación pertenece a la parte antigua. Me encanta —dijo Lyon—. Es muy agradable, y tiene todas las comodidades modernas. Pero al salir he visto la profundidad del hueco de la puerta y la evidente antigüedad del pasillo y de la escalera, en su primer tramo. Ese pasillo artesonado es magnífico. Parece como si se extendiera lejos y más lejos, como una media milla de penumbra marrón a la que, creo, poco efecto le hacen las lámparas.

—¡No lo recorra hasta el final! —exclamó el coronel, sonriendo.

—¿Lleva hasta el cuarto embrujado? —preguntó Lyon.

Su compañero le miró durante un instante.

—Ah, ¿ya lo sabe?

—No, no es que lo sepa, es que me gustaría que así fuera. Nunca he tenido mucha suerte. Jamás he estado en una casa peligrosa. Los lugares a los que voy son siempre tan seguros como Charing Cross. Me gustaría encontrarme con algo, sea lo que sea... Con lo habitual. ¿Hay en esta casa algún fantasma?

—Por supuesto que lo hay. Y es sensacional.

—¿Usted lo ha visto?

—Mire, no me pregunte lo que *yo* he visto. Pondría a prueba su credulidad. No me gusta hablar de estas cosas. Pero aquí hay dos o tres habitaciones tan tremendas, quiero decir, tan estupendas, como las que podría encontrar en cualquier otro lugar.

—¿Quiere decir en mi pasillo? —preguntó Lyon.

—Creo que la peor está al final del pasillo. Pero sería poco aconsejable que durmiera allí.

—¿Poco aconsejable?

—Hasta que haya concluido su trabajo. Recibiría unas cartas urgentes a la mañana siguiente, y acabaría usted tomando el tren de las diez y veinte.

—¿Quiere usted decir que buscaría un pretexto para salir huyendo?

—A menos que sea más valiente que casi todos los demás. Normalmente no permiten que la gente duerma allí, pero en algunas ocasiones la casa tiene tantas visitas que no les queda más remedio. Y siempre sucede lo mismo: una mal disimulada agitación por parte del invitado en la mesa del desayuno, y unas cartas de la mayor importancia. Por supuesto, se trata de una habitación para solteros; mi esposa y yo estamos en la otra punta de la casa. Pero vivimos esta comedia hace tres días, el día después de llegar

aquí. Como la casa estaba tan llena, instalaron allí a un joven —he olvidado su nombre—, y se produjo lo habitual. Cartas en el desayuno, el rostro terriblemente desencajado, una urgente necesidad de volver a la ciudad, las más sinceras disculpas por que su visita se viera interrumpida de ese modo... Ashmore y su esposa se miraban, y el pobre diablo se marchó.

—Pues no, no sería nada agradable que me sucediese algo así... Debo pintar el cuadro —dijo Lyon—. Pero, ¿a ellos les importa que hable usted de esto? Ya sabrá que la gente que tiene un fantasma en casa suele sentirse muy orgullosa de él.

Nunca se sabrá la respuesta que el coronel Capadose estaba a punto de darle a nuestro protagonista, ya que en ese preciso momento entró en el salón el anfitrión, acompañado por tres o cuatro caballeros. Lyon sabía que el coronel, al abandonar así la conversación, en cierto modo ya le había dado

una respuesta. Aunque, por otra parte, aquello era natural, ya que uno de los caballeros le requería sobre un punto que provocaba discrepancias y que tenía que ver con la reciente cacería, que ya empezaba a ser un tema recurrente. El señor Ashmore se dirigió a Lyon y le expresó su pesar por haber hablado con él tan poco hasta entonces. Se imponía hablar, naturalmente, de aquello que tenía más que ver con el motivo de la visita del artista. Lyon le comentó que le suponía un grave inconveniente el no haber tenido ningún encuentro previo con Sir David, algo que en la mayoría de los casos constituía para él algo de la mayor importancia. Pero, en aquel caso, el modelo tenía una edad tan avanzada que, sin duda alguna, no se podía permitir el lujo de perder el tiempo.

—Bueno, yo puedo contarle todo lo que desee sobre él —dijo el señor Ashmore.

Y dedicó la siguiente media hora a darle

bastantes detalles sobre el anciano. Lo que le refería resultaba muy interesante y encomioso, y Lyon pudo así constatar que debía de tratarse de una persona muy agradable, para haberse granjeado de tal manera el cariño de un hijo que, resultaba evidente, no era muy efusivo. Hasta que por fin se levantó, diciendo que debía irse a la cama si deseaba a la mañana siguiente estar en condiciones de trabajar. A lo que su anfitrión replicó:

—Entonces llévese una vela. Las luces ya están apagadas. No suelo dejar que los criados estén toda la noche despiertos.

Momentos después Lyon sostenía una vela que brillaba tenuemente. Cuando se encontraba a punto de abandonar el salón (no quiso molestar a los demás con sus buenas noches: en aquellos momentos se encontraban absortos en el exprimidor de limones y el corcho del agua de Seltz), recordó otras situaciones en las que se había ido

a su dormitorio solo, en medio de la oscuridad de una casa de campo. Tales ocasiones no habían sido escasas, ya que casi siempre él era el primero en abandonar el salón de fumadores. Si bien no se había alojado nunca en una casa oficialmente encantada, en determinadas circunstancias (quizá a causa de su temperamento artístico), los enormes y oscuros vestíbulos y escalinatas le habían puesto la piel de gallina. El eco de sus pisadas a lo largo de los interminables pasillos o la manera en que la luna invernal se reflejaba furtivamente a través de las altas ventanas en los rellanos de las escaleras le había producido a menudo en su imaginación un efecto siniestro. Pensó que si ya las casas sin pretensiones sobrenaturales podían parecer tan tétricas de noche, entonces los vetustos pasillos de Stayes sin duda lo iban a impresionar. No sabía si los propietarios eran muy sensibles a estas cuestiones. Con demasiada frecuencia, como le había dicho al

coronel Capadose, la gente disfrutaba con aquellas circunstancias. Lo que lo llevó a hablar a continuación, aun sabiendo que era arriesgado, fue precisamente la impresión de que las historias que contaba el coronel eran un poco raras. Con la mano ya en la puerta, le dijo a Arthur Ashmore:

—Espero no tropezar con ningún fantasma.

—¿Fantasmas?

—Deberían tener alguno, sobre todo en la parte antigua, tan magnífica.

—Hacemos lo que podemos, pero *que voulez-vous?*\* —dijo el señor Ashmore—. No creo que a los fantasmas les gusten las cañerías de agua caliente.

—¿Porque les recuerdan demasiado a su propio clima, quizá? Pero... ¿no tienen ustedes un cuarto encantado, al final de mi pasillo?

—Bueno... La verdad es que se cuentan ciertas

---

\*.- ¿*Qué quiere que le diga?* En francés en el original.

historias. Hacemos lo que podemos para que no decaigan.

—Me encantaría dormir allí —dijo Lyon.

—Puede usted trasladarse allí mañana, si lo desea.

—Quizá sea mejor que esperemos a que haya terminado mi trabajo.

—Muy bien. Pero ya sabe que no trabajaré en la habitación. Mi padre posará para usted en sus propios aposentos.

—Oh, no es por eso. Es que temo salir huyendo, como hizo ese caballero hace tres días.

—¿Hace tres días? ¿Qué caballero? —preguntó el señor Ashmore.

—El que recibió unas cartas urgentes durante el desayuno, y salió corriendo en el tren de las diez y veinte. ¿Se quedó más de una noche?

—No sé de qué me está hablando. No tuvimos a ningún caballero invitado hace tres días.

—Ah, pues entonces mucho mejor —dijo Lyon, haciendo un gesto de buenas noches con la cabeza. Salió del salón y emprendió su camino, tal y como lo recordaba, a la luz vacilante de la vela. Aunque se topó con un buen número de objetos horripilantes, alcanzó sano y salvo el pasillo que llevaba a su dormitorio. En medio de la más completa oscuridad, el corredor parecía extenderse mucho más allá, así que, azuzado por la curiosidad, decidió recorrerlo hasta el final. Dejó atrás varias puertas, con el nombre de cada habitación escrito sobre ellas, pero no halló nada más. Estuvo tentado de abrir la última puerta, con la intención de echar un vistazo en el interior de aquella habitación con fama de estar maldita, pero llegó a la conclusión de que hacer algo semejante podría parecer indiscreto, dado que el coronel Capadose manejaba los pinceles —como *raconteur*\*— con tal

---

\*.- *Narrador de historias*. En francés en el original.

desenvoltura. Podía haber un fantasma y podía no haberlo. Pero era el propio coronel el personaje más desconcertante de la casa.